

piadosa del peregrino, tan provechosa para él mismo como para los demás y que daba por resultado el contento en esta vida y después dulcísima inmortalidad. Así verificada la expedición regresó muy satisfecho á la ciudad.

El rey Sudhodana supo todo lo sucedido y viendo que la profecía de Asita amenazaba cumplirse, aumentó sus disposiciones para evitar la evasión de su hijo haciendo vigilar día y noche todas las salidas del castillo, rodeado de un cordón de hombres armados, y encargando á las mujeres que hiciesen los mayores esfuerzos para cautivar al príncipe con sus juegos, danzas y demás diversiones, sin interrumpirlas ni un instante.

Aquella noche turbaron á Gopa, que dormía al lado de su esposo, pesados sueños. Vió en todas partes destrucción; ella misma estaba mutilada y desfigurada; sus joyas rotas y esparcidas, su lecho destrozado; el sol y la luna se desprendían del cielo y calan; las montañas se abrían y eran devoradas por las llamas; se desencadenaban tempestades; todo era lucha hasta en el fondo del mar. Por fin se despertó llena de angustia y contó á su esposo su ensueño. Sidarta la calmó diciéndole que «las personas buenas tenían estos sueños, que significaban el aniquilamiento de lo que es mentido y malo y el triunfo de lo que es verdad y bueno». «Tú misma—le dijo su esposo—verás el anonadamiento del enemigo protervo y de sus lazos, y tendrás una parte principal en la salvación y gloria. Alégrate, pues, no temas y duerme tranquila, porque tus ensueños son augurios felices.»

Sidarta, con todo, estaba decidido á ejecutar su intento, pero no sin avisar á su padre, á cuyo fin aquella noche, cuando todos dormían, pasó al palacio del rey. Al llegar allí, irradió de su cuerpo tanta luz, que el rey llamó á su camarero y le preguntó si había salido ya el sol, á lo cual le contestó el criado que no era sino media noche, pero que el edificio y los árboles estaban inundados de una luz suavísima, agradable y sin sombras, como si el espíritu bueno hubiese llegado al palacio. Entonces vió el rey delante de sí á su hijo, que le comunicó su intento, y el rey sin poder moverse tuvo que dar su consentimiento. Quiso, sin embargo, hacer una última tentativa. Dijo al príncipe con lágrimas en los ojos que si quisiera renunciar á su propósito, le daría cuanto pidiese; á lo cual repuso el hijo que renunciaría si su padre, el rey, le pudiera con-

ceder cuatro cosas, á saber: juventud y belleza permanentes, salud y vida, abundancia y fortuna, y librarle de enfermedades, de la caducidad, de la muerte y de todo infortunio. «Si no puedes—añadió—concederme todo esto, concédeme siquiera que cuando haya salido de esta vida, no haya de volver á nacer y pasar por otra.» El rey tuvo que confesar con el corazón afligido que nada de esto podía conceder, y se limitó á desearle buen éxito en su propósito de ser el salvador del mundo. Con esto se despidieron y el hijo regresó á su palacio, donde nadie había notado su ausencia ni nadie advirtió su llegada.

Entretanto continuaban los sakias guardando todas las salidas del castillo y de la ciudad, porque cuando el rey les había dicho que el príncipe se marcharía, habían contestado: «Vigilaremos; ¿qué hará él solo contra todos nosotros?» Habían colocado centinelas en todas las puertas y en el interior de la ciudad, en las plazas y mercados. Los jefes hacían la ronda para asegurarse de la vigilancia. La vieja Gautami por su parte había recomendado á las mujeres que estuviesen siempre alerta y no perdieran al príncipe de vista, que continuasen ostentando sus mejores galas, ejecutando juegos y danzas durante toda la noche, porque marchándose el príncipe la casa real quedaría desierta y desaparecería toda su magnificencia.

En la sala de las mujeres ardían todavía las lámparas cuando el príncipe entró, pero la luz que despedían era débil y estaba próxima á apagarse. Las mujeres dormían: á un lado grupos de bailarinas rendidas de cansancio, á otro las músicas, unas abrazadas á sus instrumentos, otras echadas encima de sus laúdes y címbalos; más allá algunas con la boca abierta, cayéndoles la baba sobre los pechos; otras roncando, otras dormidas pero con los ojos entreabiertos, otras rechinando los dientes, algunas apenas cubiertas con su ropaje, muchas enteramente desnudas. El príncipe echó una mirada sobre los grupos, que despertaron en él la idea de un campo de cadáveres. «Qué miseria!—se dijo—; ¿á quién puede gustar este espectáculo? El hombre esclavo de la sensualidad anda en tinieblas y extraviado, y se halla cogido en una red de la cual no puede salir.» Estas reflexiones excitaron la compasión de Sidarta. Salió al mirador, y dirigiendo su mirada al cielo, levantó las manos á todos los budhas (ó sea al espíritu universal, ó á la inteligencia del universo), y vió á Indra rodeado

de multitud de dioses y envuelto en flores y perfumes; vió á los cuatro custodios del mundo con todos los genios, sol y luna y todo el mundo celeste rutilante de luz; pero comprendiendo que era hora de marchar, llamó á su fiel criado Yandaca y le mandó traer su caballo enjaezado. En vano trató el criado de disuadirle de su propósito recordándole todos los goces y magnificencias que iba á abandonar. Sidarta se mostró inflexible y desafió todos los peligros que el criado le mostraba, así como había resistido á todos los alicientes materiales.

Por la voluntad de los dioses durmió toda la ciudad como todos los habitantes y los guardas del castillo y palacio, y Yandaca que retardó cuanto pudo la ejecución de la orden de su amo, esperando que alguien se despertara y le ayudase á detener al príncipe, perdió la esperanza. «Ya ha llegado el tiempo—le dijo Sidarta—, anda y tráeme mi caballo Cantaca.» Y cuando el criado le preguntó qué tiempo había llegado, le contestó su amo: «Ha llegado el tiempo, Yandaca, de alcanzar la iluminación suprema, la *bodhi*, que no conoce ni la caducidad ni la muerte, cosa que anhelo conseguir desde hace mucho tiempo para ser el salvador de todas las criaturas.»

Viendo el criado que todas las reflexiones eran inútiles y que los dioses protegían la partida del príncipe, obedeció llorando; enjaezó y ensilló al noble animal y lo presentó á su amo, diciendo: «Aquí tienes tu soberbio y noble caballo; anda y realiza tu propósito; cúmplase tu deseo piadoso y que tus adversarios se aparten de ti. Llega á ser el salvador del mundo y trae á todos la bienaventuranza celeste.» El príncipe acarició al caballo y diciéndole: «Muéstrate valiente, Cantaca», montó. Tembló la tierra y una lluvia de flores cayó del cielo.

Los dioses guiaron el caballo; Indra y Brahma fueron delante para indicar el camino con su resplandor celestial, y el criado seguía agarrado á la cola del caballo. La puerta de la ciudad se les abrió por sí sola y sin ruido. Sólo el genio protector de la capital cantó lamentaciones por la marcha de Sidarta, con la cual se iba también la magnificencia de Capila. Entonces detúvose el príncipe un instante y echando una última mirada á la ciudad dormida, dijo: «Cuando vuelva estarán todos despiertos.» Y dicho esto, continuó su marcha volando al través de los territorios de los sakias.

Al romper el día hallábase Sidarta á seis *yo-yanas* de la ciudad de Capila, y entonces se apeó, se despidió de los dioses que le acompañaban, quitóse sus joyas y las entregó con el caballo á Yandaca para que los llevara á la capital. El criado cumplió llorando la orden, y, según la leyenda, se llama aquel sitio todavía «la vuelta de Yandaca». Habiendo quedado solo el *bodhisatva*, cortóse con su sable la cabellera y la arrojó al aire, pero Indra la cogió y la llevó á su cielo, y dice la leyenda que en aquel sitio se celebra todavía hoy una fiesta en memoria de este suceso milagroso. También le pareció impropio de su nuevo género de vida su finísimo traje, pero no descubría medio alguno de hacerse con un sayal pardusco de monje. Entonces pasó por allí súbitamente un dios disfrazado de cazador, que trocó gustoso su traje burdo por el precioso vestido del príncipe y le llevó gozoso al cielo, donde todavía es venerado hoy, dice la leyenda. En el mundo de los dioses, desde la región más baja hasta la más elevada, fué grande la alegría cuando sus moradores vieron al príncipe Sidarta vestido de monje; seguros de que alcanzaría la iluminación suprema y libraría del mal al mundo y las criaturas.

Los habitantes de Capila, muy lejos de sospechar que el príncipe se hubiese marchado, se despertaron por la mañana contentos y alegres; pero cuando Gopa despertó y no encontró al esposo á su lado, dió un grito de dolor y de espanto y cayó sin sentido. Los lamentos de todas las mujeres, que en vano buscaban al príncipe por todo el palacio, llegaron hasta los aposentos más retirados del rey, el cual también cayó desmayado cuando supo que su hijo había desaparecido. Cuando hubo vuelto en sí, envió en todas direcciones mensajeros con orden de no regresar hasta haber visto al príncipe. Los que salieron por la puerta de la Buena Suerte por donde había pasado el príncipe, encontraron á Yandaca que regresaba á la ciudad afligido yendo al lado del caballo de su amo, y contó á los enviados cómo había pasado todo, añadiendo que sus esfuerzos serían inútiles y que no lograrían hacer volver atrás al príncipe. A la vista de Yandaca y del caballo corrió la noticia de que el príncipe había regresado, pero su esposa Gopa no se hizo ilusiones, porque demasiado conocía la firmeza de voluntad de su esposo, y así dejó libre curso á su dolor, sin que los consuelos de Gautami lograsen apaciarle.

guarla. El rey Sudhodana sintió renovarse también su dolor á la vista de Yandaca y del caballo. El criado le refirió cómo había pasado todo, y cómo había procurado en vano despertar á la



Budha en meditación.

gente de palacio antes de obedecer al príncipe, al cual ayudaron los dioses, que amortiguaron el ruido de los cascos del caballo para que nadie despertara, además de otros milagros. Finalmente dijo que el príncipe le había dado el encargo de tranquilizar á toda la familia y le había asegurado una acogida favorable. A Gopa, que llorando abrazó el caballo de su esposo por el cuello, la consoló el criado del mejor modo que pudo. La dijo que las personas buenas no debían afligirse por la marcha del príncipe, que regresaría en su día en toda la gloria de su obra de salvación y entonces la esposa participaría de su gloria; después, para consolarla más, le refirió los milagros que los seres celestes habían hecho para ayudar al príncipe, y muchas otras cosas. La preciosa armadura del príncipe fué regalada á tres parientes suyos, pero como éstos no pudieron usarla porque no les venía al cuerpo, y sólo servía para entristecerles más, Gautami la echó en un estanque, que según la leyenda se llama desde entonces «el estanque de las joyas».

Entretanto el príncipe en hábito de monje siguió tranquilamente su camino. Llegó á la ermita del brahmán Safique, le recibió hospitalariamente, después se dirigió á la de Padma y sucesivamente á la del sabio brahmán Raivata y de allí á la morada de Rashaca, hijo de Datri-madandica, siendo muy bien recibido de todos. Después llegó á una gran ciudad llamada Vaisali donde vivía á la sazón Arada, que gozaba gran fama como maestro. Enseñaba la pobreza y el dominio de los impulsos sensuales, y tenía trescientos discípulos. Tanto éstos como su maestro quedaron admirados al ver la hermosa figura del bodhisatva, el cual pronto comprendió su explicaciones y se mostró á la altura del maestro. Este le invitó á enseñar juntamente con él á los discípulos y le llamó otro Gautama. Más el bodhisatva comprendió luego que la doctrina de Arada no conducía á la salvación, que tanto anhelaba, y por lo mismo salió de

Vaisali y entró en el territorio de Maghada. Al recorrer como monje mendicante la capital Radyagriha, cuantos le vieron creyeron que el mismo Brahma ó Indra, ú otro dios, había llegado allí para pedir limosna; tan imponente era su aspecto. La gente no se cansaba de mirarle, y pronto llegó la noticia de su llegada á oídos del rey Bimbisara. Habiendo el rey visto al monje extranjero desde una ventana de su palacio, mandó que le siguieran, y cuando le dijeron que había ido á acomodarse al pie del peñasco de Pandava, marchó con gran séquito tras él para saludar al nuevo é imponente anacoreta. Llegado que hubo al sitio se apeó del caballo é inclinándose respetuosamente saludó al bodhisatva, el cual con dignidad y calma devolvió el saludo con la palabras: «Viva el rey muchos años!» En el curso de la conversación ofreció el rey al monje, si quería dejar la soledad del bosque y vivir alegremente en su compañía, todos los goces y diversiones de la vida, haciendas y tesoros, y finalmente hasta la posesión y el gobierno de su reino; pero el bodhisatva no aceptó nada y dijo: «Todos los placeres sensuales son, oh rey, como el viento y las nubes, vanos, insubstanciales y efímeros. Se anhela disfrutar de ellos, pero una vez logrados no dan satisfacción. Son como el agua salada, que en lugar de apagar la sed, la aumenta.» Añadió que esto lo habían reconocido en todos tiempos las personas inteligentes, y que él había tenido todos los placeres y goces, mujeres jóvenes, en abundancia, y lo había dejado todo y renunciado á un trono. Preguntado por su familia, dijo que era sakia é hijo del rey Sudhodana, á quien había abandonado para vivir dedicado únicamente á las prácticas de la virtud. Entonces no le instó más el rey Bimbisara, y habiendo obtenido del bodhisatva la promesa de volver á visitar su reino después de haber alcanzado el conocimiento supremo, le saludó respetuosamente y volvió á su palacio.



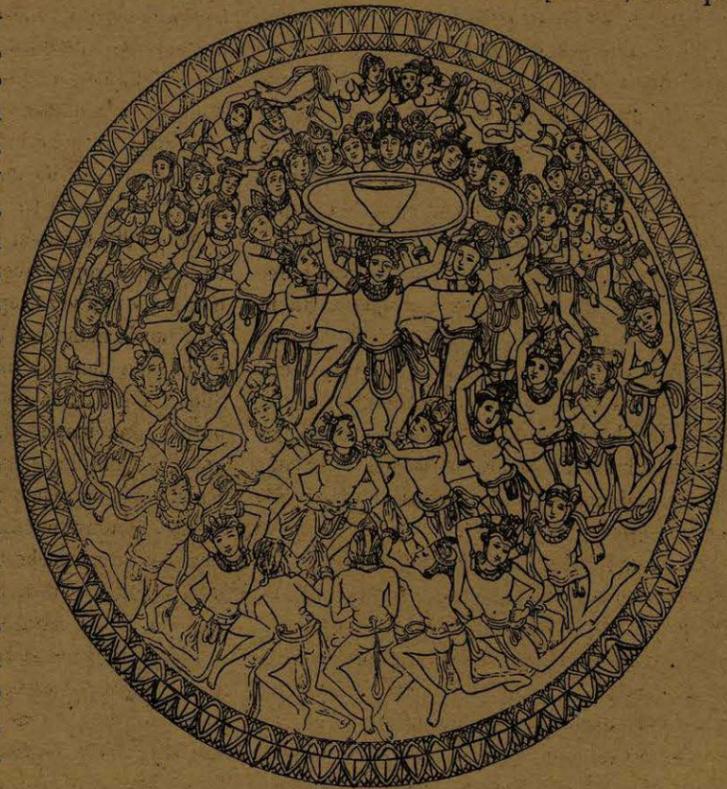
Imagen de Budha sentado en una flor de loto.

Enseñaba entonces en su capital Radyagriha Rudraca, hijo de Rama, con tanto éxito, que siempre estaba rodeado de 700 discípulos. Sidarta no quiso marcharse sin haber oído á este sabio tan afamado, y habiéndole encontrado, le preguntó quién había sido su maestro, á lo cual Rudraca le respondió que todo lo que sabía lo había aprendido por sí mismo. Preguntóle Sidarta qué era lo que enseñaba, y el maestro le contestó que enseñaba lo inconsciente, pero no lo ignoto. Tomó Sidarta plaza de discípulo, y pronto comprendió todo el arte del maestro y su falta completa de valor, memoria, profundidad y conocimiento. Rudraca tuvo que confesar á su nuevo discípulo que no sabía más, y al mismo tiempo le graduó de maestro y le invitó á explicar como tal á su lado. Pero el bodhisatva declaró en plena clase que sabía ya bastante y se trasladó á otra parte, marchándose con él otros cinco discípulos, porque observaron que habiendo comprendido Sidarta en tan corto tiempo todo lo que alcanzaba Rudraca, era seguro que Sidarta llegaría á ser un gran maestro.

Continuó, pues, su camino por el territorio de los maghadas y llegó con sus nuevos adeptos á Gaya, donde fueron invitados á una fiesta. Concluida ésta se retiró á una manaña inmediata, llamada «Cabeza de Gaya», donde se entregó á sus meditaciones sobre la vida de los brahmanes, monjes que con todas sus mortificaciones y penitencias eran siempre más ó menos esclavos de la sensualidad, la cual les impedía llegar á un conocimiento superior. Después de haber permanecido algún tiempo en la Cabeza de Gaya, continuó su marcha y llegó á Uruvilva, donde vivía un jefe de ejército. Allí las aguas claras y las amenas orillas del río Nairanshana convidaban á la meditación y á una permanencia prolongada, y allí el bodhisat-

va, después de haber conocido á muchos ascetas de opiniones y doctrinas las más diversas, con variadísimas prácticas de devoción exterior, resolvió dedicarse á la vida ascética y dar ejemplo de una separación completa de la vida material y sensual.

Entregado á continuas meditaciones, se sometió á las mortificaciones más duras. Pasaba días enteros sentado con las piernas cruzadas, ayudando y reteniendo la respiración, hasta que



La taza de oro. Disco conmemorando el episodio de la «taza de oro» en la vida de Budha.

un sudor frío cubría su cuerpo, y parecía á los que le veían muerto ó por lo menos á punto de expirar. Según la leyenda, hijos del cielo anunciaron á Maya, la difunta madre del príncipe, el próximo fin de su hijo. Maya, acompañada de ninfas, se dirigió á media noche á orillas del Nairanshana y al ver á su hijo exclamó, en medio de grandes lamentaciones y sollozos: «¿Es decir, que la profecía de Asita ha resultado falsa, y tú, hijo mío, has de morir en solitaria selva sin haber alcanzado la iluminación espiritual suprema?» Al oír esto el bodhisatva, preguntó quién se lamentaba tanto, y le contestó Maya: «Es tu madre, que te llevó cual diamante en su seno y te parió en el bosque de Lumbini.» Entonces la consoló su hijo, diciéndole que antes

de morir sin haber alcanzado el saber supremo, la cumbre del Meru flotaría sobre las aguas, se haría pedazos la tierra y se desprenderían del cielo la luna y las estrellas. Estas palabras consolaron á Maya, que al volverse alegre con sus ninfas al cielo, hizo caer sobre su hijo una lluvia de flores de *mandara*.

El bodhisatva continuó sus mortificaciones, para dar al mundo una prueba del poder del espíritu. Llegó á no comer más que un solo grano de cebada á de arroz en todo el día, después redujo el alimento diario á un granito de sésamo, y finalmente se abstuvo hasta de esta cantidad ínfima. Se expuso á los ardores del sol, al frío, al viento, á la tempestad, en fin, á todas las penalidades; perdió todos los jugos y fuerzas vitales así como el lustre de su cutis, y desaparecieron todas las señales principales y secundarias de su belleza excepcional, hasta parecer su cuerpo un melón seco y arrugado. Había llegado á no ser ni sombra de lo que había sido, y la gente de la comarca le llamó el monje Gautama negro ó moreno, con otros nombres por el estilo. Las leyendas dicen que no pasó día sin que su padre se informara del estado de su hijo por medio de mensajeros que envió sin interrupción á adquirir noticias.

Así pasaron seis años. El bodhisatva había resistido con voluntad firme las pruebas ascéticas más duras. Había mortificado su cuerpo y penetrado con su espíritu en las últimas profundidades de la meditación; había resistido á las tentaciones del espíritu protervo, siempre en acecho para hacerle abandonar su propósito, y le había dicho: «Hasta á ti te venceré, espíritu maligno». Y el espíritu maligno había tenido que retirarse, avergonzado de su impotencia. El bodhisatva había resistido pruebas sobrehumanas, pero también se había convencido de que el camino seguido hasta entonces no conducía á la sabiduría suprema, ni á la iluminación completa del espíritu. Comprendió que por este camino no se llegaba á vencer la miseria de las vidas repetidas, con su nacer, envejecer y morir; que un cuerpo exhausto no puede combatir, y habiendo rechazado el auxilio que los dioses, según la leyenda, le ofrecieron, tomó la resolución de volver á alimentarse. Al ver esto, los cinco discípulos que con él estaban, creyeron que su maestro se había cansado de su vida y de su misión, y desesperrando de él se trasladaron á Richipatana, al bosque de las gacelas del lado de Benares.

Diez doncellas de las familias principales de la aldea inmediata, como si hubiesen esperado el día en que el austero anacoreta cambiara de plan, corrieron á proveerle de viandas confortantes, y éste las aceptó y no tardó en recobrar su buen aspecto anterior, de modo que poco á poco le volvieron á llamar los habitantes del país, como antes, «el monje hermoso».

Entre las diez doncellas había una llamada Sudyata, hija del jefe de la aldea. Esta joven, en cumplimiento de un voto, había llevado de comer diariamente durante seis años á unos cuantos brahmanes, y le ocurrió el deseo de que el bodhisatva aceptase de sus manos una comida y después de haberla comido lograra el monje su ardiente anhelo de alcanzar la iluminación suprema del espíritu.

Aquel día también un hijo del cielo llevó al bodhisatva ropas nuevas, como las llevan los monjes, y una vez aceptadas, se las puso y se dirigió por la mañana á la aldea. Era el primer día de la luna llena del mes de Vaisaca. La joven Sudyata se había levantado muy temprano, porque una inspiración divina le había dicho que aquel día llegaría el santo varón al cual deseaba hacer su regalo anual y que la ayudaría á lograr el cumplimiento del objeto de su voto. Por esto había hecho levantar también temprano á su criada Utara. Sacaron de la leche de mil vacas la mejor nata; de ésta otra vez la flor y así sucesivamente siete veces, y la última la cocieron con arroz escogido y miel en un puchero nuevo sobre un hogar nuevo. Al hervir observaron augurios favorables. Cuando el manjar estuvo cocido, añadieron especias aromáticas. Sudyata adornó la fuente con flores y despachó á la criada en busca del brahmán que el cielo debía enviar. A cuantas partes la criada dirigió sus pasos, se encontró siempre con el monje conocido por *hermoso* y al noticiarlo á su ama, dijo ésta: «Pues ve á invitarle, ya que para él hemos aderezado este manjar.» Cumplió la criada el recado, y el bodhisatva aceptó la invitación sin hacerse rogar. Cuando entró en la casa encontró todo, inclusa al ama, engalanado; y se sentó en el asiento principal. Sudyata le presentó el manjar en una gran escudilla de oro; tomola el invitado y comió, pero pensando sin cesar en su deseada iluminación espiritual, tan anhelada, que sentía interiormente había de tenerla aquel mismo día. Al tomar el manjar, no llevando con él su olla de mendigo, dijo á Sudyata: «Hermana mía,

¿qué se ha de hacer después con esta preciosa escudilla?» «Es tuya», dijo la joven. Y cuando observó que para él no servía (atendido su voto de pobreza), le contestó Sudyata: «Haz con ella lo que quieras, pues yo no daré en adelante á nadie manjar de voto sin dar también la escudilla.»

El bodhisatva se retiró con la fuente de arroz con leche y miel, y llegado que hubo á las orillas del Nairanshana, siendo todavía temprano, puso la fuente en un sitio conveniente, se desnudó y tomó un baño para refrescar su cuerpo. Los dioses, dice la leyenda, habían echado flores y perfumes en el agua clara del río, á fin de tomar después algo de ella y guardarlo como reliquia.

Después de haberse bañado salió el bodhisatva del río con el auxilio del espíritu de un árbol, que le alargó la mano; se sentó en la orilla, donde la ninfa del río le había preparado un asiento primoroso, y se puso á comer con tranquilidad. Cuando hubo concluido de comer arrojó la fuente de oro al río. Sagara, el rey de las serpientes, se apoderó de ella en el instante en que Indra, bajo la forma de Garuda trataba de cogerla. Indra, no habiendo llegado á tiempo, tomó su forma verdadera y suplicó á Sagara que se le cediese, á lo cual accedió Sagara después de repetidos ruegos. Indra la llevó muy gozoso á su cielo, donde los hijos de dioses instituyeron una fiesta, la de la escudilla de oro, con su procesión, fiesta que se celebra todavía hoy.

El bodhisatva se levantó de su asiento y habiendo recuperado todo su vigor y hermosura de antes, marchó, valiente como un león joven, en dirección del árbol de la ciencia. La marcha del bodhisatva desde el río Nairanshana al árbol de la ciencia fué, según cuenta la leyenda, una fiesta para la naturaleza entera y para el mundo de los dioses. El suelo por donde pasó el futuro salvador parecía una alfombra de flores; los árboles y arbustos de las orillas del camino ostentaban flores y frutas; innumerables aves de toda clase y hermosísimo plumaje se balanceaban en las ramas, mezclando sus cantos sonoros con los de las ninfas, porque los dioses y los espíritus buenos de todos los reinos celestes habían acudido, por indicación del gran Brahma, para ofrecer sus respetos, loas y ofrendas al bodhisatva en su camino al trono del conocimiento. Diez y seis hijos del cielo encargados de la custodia de este trono habían adornado todos los alrededores hasta una yoyana de distancia con palmas, oro y perlas; la magnificencia de aquella

comarca eclipsaba la de las moradas de los dioses y espíritus. De la misma manera las cuatro divinidades del árbol de la ciencia adornaron este árbol desde su raíz hasta su copa con guirnaldas y coronas de flores. Al mismo tiempo la aureola de luz que salía del bodhisatva iluminaba con sus rayos rutilantes todo el ámbito de la tierra y penetraba hasta las regiones celestes más elevadas y los abismos más profundos del infierno. Los deseos de los que sufrían amarguras quedaron satisfechos; las penas, los dolores y tormentos se calmaron; los odios y contiendas desaparecieron, y en todas partes reinaron la unión el amor, la confianza, la benevolencia y el contento.

Hasta las moradas de las serpientes penetró la luz que emanaba del bodhisatva. Cálica, en cuyo palacio infernal no penetra ningún rayo de sol ni de luna, al salir para ver lo que pasaba, vió al bodhisatva dirigirse al trono del conocimiento. Entonces llamó á todos los suyos para que acudieran á saludar al salvador; y á su voz acudieron su esposa, llamada Suvarna-Prabhasa (Resplandor de oro), todas las mujeres é hijas nagas con guirnaldas, banderolas y perfumes para obsequiar al futuro Budha y cantar sus alabanzas.

En el camino y en medio de las loas de los dioses y espíritus, se encontró el bodhisatva con una divinidad llamada Svasti (felicidad, salud), bajo la forma de un segador que llevaba una carga de hierba recién segada. «Dame un poco de esa hierba—dijo el bodhisatva al hombre—, porque lo necesito para alcanzar hoy la iluminación, el conocimiento supremo.» El hombre, contento y satisfecho de contribuir á que un nuevo Budha alcanzara su objeto, le dió ocho manojos; pero el bodhisatva le dijo al tomarlos que no eran las hierbas sino el continuo anhelo y esfuerzo los que conducían al conocimiento más sublime. «Este conocimiento—dijo—, no se da, sino que se adquiere.» Añadió que cuando oyese que él había adquirido el supremo saber, acudiese para oír la ley.

Pasó adelante el bodhisatva y se aproximó brioso como un león al árbol de la ciencia, en torno del cual dió siete vueltas de izquierda á derecha y después se detuvo del lado de Oriente. Allí extendió sus hierbas en el suelo con las puntas dirigidas hacia el árbol. En el acto levantóse en el mismo sitio un trono al cual cubrieron aquellas hierbas á manera de una al-

fombra tejida como de mano de artista. Sentóse el bodhisatva en este trono con las piernas cruzadas y la cara dirigida á Oriente; todos los dioses fijaron la vista en él, y oyeron con júbilo y veneración estas palabras que el bodhisatva pronunció con voz firme: «No abandonaré este asiento sin haber alcanzado el conocimiento supremo, aunque hubiesen de secarse y desaparecer la piel, la carne, los huesos y todo mi cuerpo.» Entonces tembló la tierra en sus cimientos y el horizonte quedó alumbrado en todo el rededor con vivísima luz.

Faltaba al bodhisatva librar un último combate, porque ocupando este trono al pie del árbol de la ciencia había declarado la guerra á Mara, el tentador, señor del mundo, de la sensualidad y de la concupiscencia; y antes de haber vencido á este enemigo, al cual prestaban homenaje los hombres y los dioses, no podía recibir la dignidad suprema de Budha. Para esto envió el bodhisatva un rayo de luz que alumbró y conmovió las moradas de Mara, envueltas en tinieblas. Mara oyó las voces que, en medio de esta luz, cantaban himnos en loor del bodhisatva por haberse acercado al árbol de la ciencia y que le suplicaban que concluyera su obra de salvación, haciendo participar á todos del conocimiento supremo; que salvara á los demás como se había salvado á sí mismo, y que alumbrara y despoblara las sendas del mal. Al propio tiempo pronosticaban á Mara su completa derrota. Mara oyó estas voces al despertar de pesados ensueños, y aterrado llamó á los jefes de su hueste, á sus hijos y criados y les dijo: «Los aires resuenan hoy de alabanzas y loas en honor del sakia cuyo cuerpo adornan las señales más preciosas. Después de seis años de pruebas durísimas, se ha acercado al árbol del conocimiento y si este bodhisatva alcanza la iluminación sublime, despertará é iluminará á centenares de millares de seres y despoblará mis moradas. Por esto hagámosle la guerra, y si me profesáis afecto, reunid pronto un ejército. Los budhas egoístas y los *arhantes* (santones), aunque el mundo estuviese lleno de ellos, ninguna merma causan á mi poderío; pero si este hombre llega á triunfar y á dictar la ley, me causará un daño incalculable.»

Sartavaha, hijo de Mara, aconsejó en vano que desistiera de semejante lucha, porque los augurios y avisos de ensueños eran funestos, y luchar y ser vencido era un deshonor. Todas

las reflexiones de Sartavaha fueron inútiles; su padre reunió un ejército tan numeroso y horrible como jamás se había visto otro, formado de gigantes, vestiglos, apariciones nocturnas, espantajos y monstruos en forma humana y de animales de una y muchas cabezas, de multitud de piernas y brazos, con caras disformes; bocas abiertas, lenguas sangrientas y colgantes, dientes y colmillos terribles, ojos inquietos, manos sin dedos, cuerpos informes salpicados de sangre de serpientes y de dragones, simples esqueletos, teniendo por armas pesados sables, cuchillos, lanzas, venablos, hachas, picas, arcos, hondas, peñascos, vómitos de fuego y de veneno; en fin, era un ejército de demonios enfurecidos, aullando y haciendo un estrépito aterrador como la tempestad y el rugido de las olas embravecidas del mar. Este ejército cubría el país en rededor del árbol de la ciencia hasta ochenta yoyanas de distancia, y obscurecía la luz del día como masas de nubes negras. A su presencia se desencadenaron tempestades, desgajáronse árboles y peñascos; relámpagos deslumbradores atravesaron el aire; truenos espantosos conmovieron la atmósfera; aguaceros torrenciales amenazaron anegar el mundo, pero nada de esto tocó al árbol de la ciencia, ni conmovió el espíritu del bodhisatva, sentado al pie del árbol, absorto en su meditaciones y no viendo en toda aquella lucha y en los elementos desencadenados, más que una ilusión de los sentidos. «Podrá todo esto aterrar á los que están debajo del árbol de la ignorancia, pero no al hijo de la raza sakia que sabe distinguir lo falso y aparente de lo verdadero y positivo.»

Mara volvió á reunir su consejo de guerra. Entre los llamados estaban mil hijos de Mara, que se declararon unos conformes con la opinión de Sartavaha y los otros con la de su padre; y después de hablar en pro y en contra de la guerra, sacando á relucir los oradores partidarios del combate su poderío, fuerza y seguridad de triunfo, y haciendo notar los otros la sublimidad del bodhisatva y la imposibilidad de triunfar de él aunque se le atacara con fuerzas mucho mayores, decidióse Mara por la guerra y ordenó el ataque. proyectiles de toda clase, entre ellos hasta peñascos, volaron contra el bodhisatva; pero al aproximarse á él se transformaban en flores, y las llamas y venenos que la hueste enemiga vomitaba sobre él

formaban una aureola radiante sobre su cabeza. Mara corría de una parte á otra, retrocediendo ante su contrario cuando éste se le presentaba como blandiendo una espada y avanzando de nuevo cuando advertía su engaño. Volvieron á llover proyectiles, cadenas, lazos, peñascos, bolas de hierro sobre el bodhisatva, pero quedaron en el aire transformados en coronas y guirnaldas de flores que adornaban el árbol de la ciencia. Entonces el espíritu protervo acudió á la astucia y dijo á su enemigo: «Marchate, príncipe, y disfruta de tu dignidad real. Ya que tantos méritos tienes, ¿á qué necesitas agregar á ellos la salvación de las criaturas?» A esto le contestó el bodhisatva con voz enérgica y clara: «Un sacrificio único te ha valido, ¡oh genio del mal, el dominio sobre el mundo de la sensualidad, mientras yo los he hecho innumerables y grandes por amor de los seres». Entonces, pidiéndole Mara testimonios de esta aserción y de la vida virtuosa y perfecta del bodhisatva, tembló el suelo; salió de su seno radiante y con brillante séquito la diosa de la tierra y se oyó la voz que decía: «Nosotros, somos testigos»; y dicho esto cesó la aparición. Entonces huyeron las bandadas de Mara como chacales cuando oyen el rugido del león, pero aquél detuvo á los fugitivos y dijo: «Un ser como éste no es vencido fácilmente.»

Mara, para hacer el último esfuerzo, habló con sus hijas, las ninfas seductoras, excitándolas á poner en juego todas sus artes, que habían vencido á tantos santos austeros y los habían precipitado de su altura. En efecto, todas volvieron á presentarse ante el bodhisatva; las unas ligeramente vestidas y haciéndose las pudorosas; otras desnudas, éstas lánguidas y melancólicas, pero ardientes; aquéllas retozonas, bromeando, riendo, bailando y jugando, y todas ostentando á su modo sus atractivos corporales. Para atraer al bodhisatva á sus redes, cantaron estrofas amorosas en elogio de la primavera, de la juventud, que conviene aprovechar, de las perfecciones divinas de sus cuerpos, del deseo y del deleite; pero el bodhisatva las miró y oyó sin conmovirse, hablándolas con suavidad y dulzura, pero sin apasionarse, haciéndoles ver la vanidad y falsedad de los placeres sensuales, el error y temeridad de los que corrían tras ellos y la inutilidad de sus esfuerzos para seducirle á él. «Aunque el mun-

do—les dijo—estuviera poblado exclusivamente de seres como vosotras, y yo viviera entre ellos siglos y siglos, jamás se turbaría mi serenidad, ni se despertaría en mí pasión alguna, y mi genio triunfante conservaría su claridad celestial.»

Las ninfas no se desanimaron. Apasionadas, encendidas, despechadas y orgullosas del poder de su belleza, se aproximaron una y otra vez al santo, bailando, jugando, cantando, alabando la firmeza y el triunfo del hombre á quien esperaban atraer todavía á sus redes, donde no el trabajo ingrato de maestro sino el amor, le recompensaría de sus sacrificios en los brazos de jóvenes más hermosas y perfectas que las que pudieran tener los hombres y aun los dioses. El bodhisatva continuó invencible y les repitió con calma imperturbable el motivo por qué había renunciado para siempre el amor de mujeres y á todos los placeres materiales; hasta que las hijas de Mara se convencieron de la completa inutilidad de sus esfuerzos. Su ardor amoroso se trocó en despecho y veneración, entornaron cánticos é himnos en loor del santo, deseándole el cumplimiento de su deseo de salvar al mundo como se había salvado á sí mismo; le saludaron, dieron vueltas en derredor de su persona de izquierda á derecha y se volvieron cerca de su padre para comunicarle el mal éxito de su tentativa, diciendo que aquel maestro de los dioses y de los hombres era invencible y que antes oscilaría el monte Meru sobre su base, se secaría el Océano y la luna se desprendería del cielo que aquel hombre se dejara caer en brazos de mujer.

Mara quedó consternado, y apenas quiso creer que los atractivos de sus hijas hubiesen sido impotentes para seducir á su adversario. Entretanto se oyeron alrededor del bodhisatva voces de mujeres divinas que ensalzaban y glorificaban al santo y otras que imprecaban al espíritu maligno. Pero éste, sin hacer caso, volvió á excitar á sus bandadas infernales gritando: «Aniquilad á ese enemigo nuestro, que quiere emanciparse y librar á los demás de mi dominio». A lo cual el bodhisatva contestó con calma y valor: «Ni tú ni los tuyos me quitaréis de este trono del conocimiento.» Y añadió que los dioses y los hombres, y hasta el mundo de los goces estaban sujetos á él, por lo cual le ordenaba que se retirase de allí. El espíritu protervo volvió á excitar á sus bandadas á un nuevo ataque más furioso que los

anteriores, pero sin inmutar al santo, que estaba convencido de que aunque el triple mundo estuviese poblado de demonios, no podrían tocarle ni á un solo cabello. Como una tempestad horrible arremetió al bodhisatva la hueste proterva rugiendo, aullando y atronando el aire con sus penetrantes gritos de guerra y amenazas, mezclados de voces que decían con sorna, afectando compasión: «Estás perdido, hijito; hoy acabamos contigo, aunque seas admirado y ensalzado por los dioses y los hombres.» Y cepas, troncos, peñascos, bolas de fuego, llamas y serpientes venenosas volvieron á atravesar el aire hendiendo árboles y montañas; nubes de flechas, picas, sables, hachas y cuchillos obscurecieron la atmósfera, y entretanto el bodhisatva, el ser purísimo, continuaba sentado en su trono tranquilo é imperturbable, viendo trocarse en flores todos los proyectiles. Sus virtudes perfectas, sus intenciones buenas, su caridad dadivosa, su perseverancia y valor, su sabiduría profunda, dábanle esta tranquilidad. Por fin el bodhisatva golpeó con su mano la tierra y del interior salió una voz atronadora que se fué transmitiendo por los espacios y que dijo: «¡A ellos! ¡Aniquilad á esas turbas negras.» Al oír esta voz se aterrorizó el protervo espíritu y emprendió la fuga, que fué la señal de la desbandada de todos los suyos, infantes, jinetes y carros. El terror se apoderó de la hueste infernal. Como fieras espantadas huyeron todos los espíritus de las tinieblas, arremolinándose y destrozándose unos á otros, y su jefe, el autor de todo el mal, se quedó solo, abandonado, presa de crueles remordimientos, avergonzado, despechado y envejecido en un instante. Entonces oyó la voz del espíritu del árbol de la ciencia que le dijo: «Anda, márchate aprisa; vergüenza, maldición y desprecio al que persigue al justo.» Al mismo tiempo oyó las exclamaciones de júbilo de los dioses y seres celestes que glorificaban al bodhisatva, vencedor del protervo espíritu, y de su hueste. Estas exclamaciones se repitieron como el eco por los espacios hasta el último cielo, y en una lluvia de flores y guirnaldas anunciaron al vencedor su triunfo y el logro de la iluminación espiritual suprema.

Mara quedó derrotado. El bodhisatva, sentado en su trono adornado con banderolas y bajo un magnífico quitasol, estaba entregado á la contemplación serena y gozó absorto de la

iluminación espiritual que súbitamente inundó su inteligencia, como un foco resplandeciente de luz. Ahogando toda idea sensual, obtuvo un criterio despejado, y desechando todo escrúpulo y duda, concentró su espíritu y se despertaron y aclararon su memoria y su conciencia, ilimitadas y libres de toda pasión. Así pasó los cuatro grados de la meditación profunda, concentrada y santa. Había pasado el primer tercio de la noche, y el bodhisatva había adquirido vista divina, pues vió la índole y conducta de los seres todos; vió la falsedad y maldad de los unos y la virtud y rectitud de los otros, sus opiniones, palabras y actos. Vió cómo los malos corrían á su perdición para volver á nacer convertidos en seres infernales, y como los buenos morían para renacer á otra vida entre dioses y en regiones celestes.

Pasó al segundo tercio de la noche y el bodhisatva vió claramente las vidas que él había tenido anteriores y las de otros; los nombres que en ellas llevaron, la casta y familia á que pertenecieron, la época y el lugar en que vivieron y todo lo que pasaron. En fin, su vista se fué aclarando y ensanchando juntamente con su saber é inteligencia. Acabó finalmente la tercera y última vigilia, y con el nuevo día cayó el último velo que todavía cubría la vista mental del bodhisatva. Este comprendió toda la vida de las criaturas, todo el mal, su triste suerte, sus nacimientos, sus existencias, su vejez y caducidad y sus muertes. Vió claramente que teniendo que renacer se había de padecer, envejecer y morir; vió que la causa del renacer á nuevas existencias es la necesidad del desarrollo, de la formación y perfección de los seres, y la causa de esta necesidad es el error que toma al mundo aparente por verdadero. El error es el primer eslabón de la cadena de alucinaciones que los seres tienden á sacudir, y sus esfuerzos en este sentido les conducen á nuevas existencias ó vidas con sus penalidades, enfermedades, vejez y muerte.

Cuando el bodhisatva hubo comprendido el eslabonamiento de las causas, y lo hubo desarrollado en su mente, conoció que destruyendo la causa primera, el error, quedarían suprimidas todas las consecuencias. Entonces la verdad podría reemplazar el error, y la verdad es el conocimiento de los males inseparables de toda existencia, de la sensualidad, miseria ó ciego de la vida, y de las alucinaciones ó ideas falsas.

La verdad es la ciencia de todos los males, de su origen, de su aniquilamiento y del camino que á este aniquilamiento conduce.

Con este conocimiento quedó súbita y completamente iluminado el bodhisatva; había alcanzado la ciencia suprema y con ella su emancipación de todas las miserias; había llegado á ser otro Budha. Los dioses y los hijos del cielo llegaron de todos lados con flores esperando el momento de hacerlas caer sobre el Budha completo. Entonces se levantó éste, según dice la leyenda, á la altura de siete palmeras y exclamó: «Cegado está el camino de las penalidades terrenales, la bruma de la obcecación se ha disipado; el ciego, las pasiones carnales ha perdido su influencia. El mal ha quedado detenido y ha cesado la pena.» Al concluir la voz llovieron tantas flores del cielo que cubrieron el suelo hasta un pie de altura.

El bodhisatva había alcanzado la iluminación sublime y con ella la dignidad de Budha. Entonces se conmovió la tierra seis veces, como se había conmovido en el día de su nacimiento, y en todo el ámbito del universo reinaron la paz, la tranquilidad y la bienaventuranza. «Por mí, pudo decir el nuevo Budha, se han acabado los renacimientos, la vejez, la muerte y la pena», y perfectamente consciente de este triunfo, permaneció meditabundo é inmóvil la primera semana en su trono. Allí se le presentaron los moradores del mundo de Kâma, numerosas turbas de apsaras ó ninfas celestes para presentarle sus homenajes y glorificarle en sus himnos como dios de los dioses y señor supremo. «Mara y su poderío han quedado vencidos, cantaron, ahora podremos saborear el manjar de la inmortalidad.» Acudieron también los hijos divinos de las regiones celestes, de la luz resplandeciente y del mundo brahmánico, para rendir sus homenajes al triunfador perfecto y glorificarle, cada clase á su manera, con himnos solemnes de alegría, y cuando un grupo concluía sus cantos se retiraba á un lado, mostrando veneración y respeto, para dejar sitio á otro grupo.

Siete días estuvo el Budha, inmóvil en su trono con las piernas cruzadas y la mirada fija gozándose en la iluminación de los grados sucesivos de la meditación por que había pasado; y á un hijo divino que le preguntó lo que meditaba, contestó: «Gozo». Como un rey cuando toma posesión de su trono, ó cuando acaba

de vencer á su enemigos, estaba Budha, el vencedor de Mara y de la miseria de las criaturas, sentado en su trono. Después se levantó y se volvió á sentar, para permanecer otra semana en su trono precioso. En esta semana recorrió con el pensamiento el universo, que comprende los tres mil millares de mundos. En la tercera semana fijóse su mirada únicamente en el trono al pie del árbol de la ciencia, y durante la cuarta semana recorrió la tierra, desde el mar oriental al occidental, siempre acompañado de los himnos de los seres divinos y de una lluvia de flores y perfumes.

Por aquel tiempo acercóse otra vez el tenaz Mara para aconsejarle que fuese á gozar el descanso eterno, ya que había conseguido lo que tanto había deseado; pero Budha contestó al tentador que no iría á gozar el descanso eterno hasta que hubiera suficiente número de monjes mendicantes iluminados, fieles adeptos de su ley y aptos para enseñarla y defenderla contra sus adversarios; hasta que el Budha, su ley y su iglesia estuvieran sólidamente cimentados en el mundo; hasta que hubiera innumerables bodhisatvas encaminándose hacia la iluminación suprema, y hasta que se hallaran establecidas las cuatro congregaciones iluminadas y fieles. Al oír esto Mara, se retiró cabizbajo y disgustado y se sentó en un sitio retirado, donde se entretuvo en trazar con su bastón figuras en la arena. Así le encontraron sus hijas, Rati, Arati y Trishna, que enteradas del motivo de la aflicción de su padre, le consolaron y le dijeron: «Somos mujeres y te traeremos á ese hombre aherrojado por la pasión.» Su padre trató inútilmente de disuadirlas de su empresa, diciéndoles que aquel hombre venerable y perfecto se había librado para siempre de las pasiones y de su poder. Las temerarias fueron y probaron sus artes de seducción, pero Budha no hizo caso de ellas y no tardaron en verse transformadas en viejas apergaminadas. Desesperadas volvieron á su padre, el cual las aconsejó que acudieran á la misericordia de Budha. Hiciéronlo así, y Budha escuchó sus súplicas y les restituyó á su estado anterior diciendo: «Los que reconocen su culpa y se enmiendan, pueden vivir en adelante según la ley verdadera.»

Budha pasó la quinta semana en la morada de Mucilinda, rey de serpientes; y habiendo estallado una gran tempestad, Mucilinda se